

# Enrique Bienzobas

## De Madrid al cielo y...

Enrique Bienzobas (Corrales del Vino, 1950), de alma vallekana, ha sido profesor de Enseñanza Media hasta jubilarse. Desde la primavera de 2007 a la de 2009 mantuvo el blog Liberty, dedicado a la novela negra, del que aún se encuentran algunos restos en <http://en-liberty.blogspot.com.es>, y es autor de *Aqui y alli: relatos breves de vidas urbanas* (Ledoris, 2011). "Por aquí y por allí" pueden encontrarse numerosos de sus relatos o reseñas, por ejemplo en el blog *Calibre 38*, en *Diagonal*, etc.

*Las sombras de la noche extienden su manto.*

El hombre entra en el bar y se sienta en un taburete cercano a la ventana que da a la calle de Santa Isabel. No dice nada, nunca dice nada. La camarera le sirve la copa de coñac sin preguntar. El hombre encoge un poco más su espalda y rodea con ambas manos la copa. Como todos los días se dispone a mirar el fondo de aquella copa en una especie de rito silencioso. Ahí se ahogan sus fantasmas.

*El hombre lleva un andar cansino y triste a su llegada a Madrid.*

Igual que los inmigrantes actuales a él lo expulsaron de su pueblo. Era dueño de dos pequeñas parcelas, una en la vega, pequeña y rica. Era tan buena tierra que el propietario de una gran finca colindante le pidió comprarla muchas veces, tantas como él negó. La otra era de secano. No era rico. No. Pero la tierra y su trabajo le permitían vivir.

*Hay pocos clientes en el bar.*

En una mesa dos extranjeros hablan entre ellos, la conversación eleva el tono en relación directa al número de cervezas bebidas. En otra mesa una joven escribe algo en unas hojas, tiene abierto un libro. Y consulta de vez en cuando un pequeño ordenador. Una taza de café vacía descansa al borde de la mesa. Al fondo de la barra, cerca de las escaleras que dan acceso a los lavabos, un cliente habla con la camarera a la vez que lee un periódico gratuito, frente a él un vaso largo de combinado ahoga en hielo su primitivo fuego. Algo más cercano al hombre, otro cliente mira absorto la televisión que emite un programa de atontamiento, mientras bebe vino tinto de la casa.

*La vega se unificó.*

Un día las autoridades decidieron llevar a cabo una reforma agraria. La llamaron Concentración Parcelaria. Consistía, decían, en sumar las hectáreas repartidas en distintas parcelas y otorgar una sola de igual tamaño que la suma total. Así, decían, se incrementaría la productividad. A él le dieron una parcela cuyo tamaño no importaba nada que fuera igual, menor. O que fuera mayor. Se la habían adjudicado en la ladera de la cantera. La cantera y sus alrededores constituían un erial de arena y piedras con tal inclinación que era imposible cultivar nada en ella. La parcela de la vega la sumaron a la gran finca colindante. El hombre tuvo que vender su nueva propiedad. Cuatro mil pesetas. Era el año 1962. Se fue a Madrid.

*Una fina capa de lluvia limpia la calle.*

El bar es grande, destartalado. Tiene dos puertas, una da a la calle de Zurita, puerta que está anulada y cuyo hueco lo ocupa la mesa de los dos extranjeros, la otra a Santa Isabel. Entrando por ésta la barra se encuentra a la izquierda, es ahí donde el hombre se encoge frente a sus recuerdos, cara a su futuro. Las tiendas empiezan a bajar los cierres metálicos con sus ruidos estridentes. La gente camina rápida y silenciosa. Una llovizna fina, apenas perceptible, ha empezado a caer hace unos instantes.

*El hombre llegó a Madrid.*

Su hijo le acogió en su casa. No te preocupes, aquí podemos vivir los dos. Su hijo era tornero, trabajaba en una fábrica de rodamientos, llevaba viviendo en Madrid tres años. Antes había vivido en Valladolid, empleado en una fábrica de coches. Tenía alquilada una casa de dos plantas en la calle de Los Artistas, en los Cuatro Caminos. Su hijo tenía una novia. Un fin de semana la novia se instaló en la casa de la calle de Los Artistas, en los Cuatro Caminos. La casa se hizo pequeña para los tres.

*Los comercios cierran sus puertas.*

Mirando sin ver el hombre siente el paso agazapado de los inmigrantes. Unos tiran pesadamente de unas maletas con ruedas. Otros giran por la primera calle si surgen unas luces parpadeantes de color azul. Al otro lado de la calle sale un individuo norteafricano de una peluquería, tras él el dueño baja el cierre. Más abajo dos mujeres sudamericanas salen de un locutorio. A la puerta de un bazar un chino fuma un cigarrillo pendiente de los últimos clientes. Tres personas, dos entrados en años, un hombre y una mujer, y otro más joven, entran en el bar con unas hojas del cercano cine Doré, sede de la Filmoteca. Piden unos cafés y charlan sobre el cine de autor.

*Casi sin querer encontró un lugar donde dormir.*

El hombre se fue y anduvo dando vueltas un día, y otro. Y otro. Hasta que encontró un trabajo de guarda nocturno en una fábrica de cervezas, en la calle de Ramírez de

Prado. Era un trabajo cómodo, tanto que le permitía dormir allí. Convirtió su habitáculo de vigilancia en un simulacro de hogar. De unos dos metros por uno y medio, con una puerta que cerraba por dentro y que a la vez tenía un ventanuco desde donde poder vigilar.

*El hombre no se queja.*

El hombre acerca la copa a sus labios. Después de un ligero sorbo vuelve a depositarla en el mostrador. El hombre se siente tan solo como ayer, como antes de ayer. Y como todos los días, desde que salió de su pueblo. O cuando salió de la calle de Los Artistas, en los Cuatro Caminos. El hombre nada dice. Nada tiene que decir.

*A la salida del trabajo paseaba por los alrededores.*

Por el día abandonaba el habitáculo y salía de la fábrica. Recorría las calles de los alrededores, sobre todo, Méndez Álvaro, desde el Puente de los Tres Ojos hasta Atocha. Le gustaba esa calle. Había muchas fábricas. Algunas veces salían grupos de obreros a la calle, protestaban por las condiciones de trabajo o por la detención de algún compañero. De otras fábricas salían más obreros, cortaban la circulación, que entonces no era muy intensa. Al poco llegaban varios coches llenos de policías armados y comenzaba una batalla. El hombre se apostaba en un lugar seguro y miraba la contienda que solía durar toda la jornada. Con el turno de tarde, la pelea se intensificaba. A la caída de la tarde la batalla terminaba. Entre los restos quedaban los panfletos, las razones: "El Estado y los patronos necesitan un pacto social que les garantice la continuidad de la explotación..." o ese otro de acordes más contundentes, "la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos o no será".

*La de amplio pecho vigila a sus hijos.*

Las luces de la noche engullen las sombras entrevistas a través del reflejo de los escaparates. Y por las calles adyacentes a la ventana desde donde el hombre recuerda, ve como Gea inicia su banquete escondiendo a sus hijos en su seno.

*A mediodía el hombre se iba a comer.*

Normalmente comía en un bar situado en la misma calle de Méndez Álvaro, una casa baja, no demasiado limpia, con dos comedores. Como llegaba pronto podía elegir mesa. Le gustaba el primer salón situado a la izquierda. Se sentaba en la mesa mirando a la calle, de espaldas al sonido de una emisora de radio. Le servían pronto. La comida era casera: lentejas, alubias, garbanzos, sopas... y de segundo algún filete, pollo, pescado de vez en cuando. En fin, toda la variedad de las comidas caseras de todas las casas de comidas.

*Tiempo de cambio que no cambia nada.*

Dicen que el barrio ha cambiado mucho. Sí, el barrio ha cambiado mucho. Los huecos dejados por las fábricas se han llenado de especulación, de oficinas, de bloques altos de viviendas. Pero los problemas siguen siendo los mismos: salarios, precios, trabajo, paro, hipoteca..., recrudescidos por el aislamiento en el que el tiempo se ha instalado, por la ira y la soledad.

*La Delegación alemana visitó la fábrica.*

Una tarde, cuando volvió a la fábrica de cervezas, se encontró con sus pocos enseres tirados en la acera al lado de la puerta. El encargado le dijo que había pasado por allí el director con una delegación alemana de visita y había ordenado desalojar el puesto de vigilancia, que a partir de entonces la vigilancia se debía realizar en la misma nave. El hombre no dijo nada. Recogió todo y se marchó sin rumbo fijo. En la plaza de Lavapiés preguntó a un anciano por una pensión. Siguiendo sus indicaciones llegó al número nueve de la calle de Buenavista, al Hostal Fernández. En él se alojó.

*El plano funde a negro.*

Se van aquellos que hablaban de cine. En el bar han dejado planos, encuadres, diálogos y acciones. El hombre mira sin ver la calle. La noche, en un travelling sin fin, va extendiendo las sombras. Mientras los extranjeros ya no hablan, simplemente vocean y se ríen. Baco sonrío satisfecho.

*El hombre estrenó un nuevo universo.*

El Hostal Fernández está en el tercer piso.

Le asignaron una habitación interior. No la ha abandonado desde entonces. A un lado una amplia cama de metal. Un pequeño armario a otro lado. Una ventana orientada casi al sur daba a un patio, circunstancia que permitía la entrada de luz solar durante algunos meses. Pegada a la ventana una mesa camilla y una silla. En una esquina un lavabo y un espejo. Tres grandes vigas de madera surcaban el techo de la habitación. Habitaculo y recuerdos formaron el universo del hombre.

*Hay poco movimiento.*

Entra una pareja de cincuentones en el bar. La pareja de todos los días. Saludan a la camarera llamándola por su nombre dirigiendo una mirada al hombre absorto en sus recuerdos. La camarera les pone una caña a cada uno mientras hace un gesto como diciendo ahí está, como siempre.

*El hombre volvió a trabajar de guarda.*

Durante un tiempo pudo vivir de las cuatro mil pesetas. Luego volvió a encontrar trabajo también de guarda nocturno, esta vez en una fábrica de colchones muy cerca del Cerro de la Plata, a este lado de la vía del tren. El Cerro de la Plata, por la noche, se transformaba en una parodia de santuario dedicado a Militta, la Afrodita de Babilonia. Lugar frecuentado por prostitutas baratas y por un público baboso animado con altas dosis de alcohol también barato. Precio módico por variaciones sin imaginación de un servicio eterno. Bajo la parpadeante mirada de las estrellas y los ojos brumosos de los espectadores.

*Y llegaron los cambios.*

Sí, el barrio ha cambiado mucho. Militta trasladó el santuario. El Cerro ahora alberga unos grandes almacenes y otros edificios de oficinas. El poblado de Las Californias, al otro lado de la vía, hoy es un barrio moderno con altos edificios. Los trenes de alta velocidad han sustituido a las máquinas de vapor y, posteriormente a las diésel. Sí, el barrio ha cambiado mucho. Pero los problemas siguen siendo los mismos: salarios, precios, trabajo, paro, hipoteca...

*Otra vida comenzaba con el alba.*

Cuando las luces del alba hacían palidecer a las estrellas, las estridentes sirenas rompían el silencio y cientos de trabajadores, llegados en bicis, motos, andando, en metro o autobús, acudían a las fábricas. El cercano Puente de los Tres Ojos acogía el mercado ilegal de objetos tal vez perdidos. Y, a la salida de los colegios, los niños de los barrios colindantes, de Las Californias, de El Puente, de..., recorrían los restos de las ofrendas nocturnas, levantando en el Cerro fuertes y campamentos imaginarios donde los indios se enfrentaban a los americanos, o los americanos a los indios. Hasta que llegaba el Séptimo de Caballería en forma de gritos de las madres. Y la cena volvía a dar origen a otras batallas más prosaicas.

*El hombre hace mutis por las sombras.*

El hombre paga su copa. La mayoría de los días ni siquiera la ha terminado. La fina lluvia ha dejado brillante el suelo. La calle de Buenavista sale a su encuentro como viejo amigo que no necesita palabras. El hombre desearía ser hijo de Urano y busca el regazo de la madre. Un abrazo que lleva buscando una noche, y otra noche. Y otra.

*Ya no le gustaba la mañana al hombre.*

La luz molestaba más que el sueño. Sueño al que no rendía ningún culto, que no deseaba, porque los sueños son pesadillas que nadie invoca pero que acuden a una sorda y misteriosa llamada. Entre el gentío que entraba en la fábrica y la noche que arrastraba, el hombre pasaba inadvertido, como la sombra que era. Como la sombra que es.

*En el fondo de la copa, en el bar, el hombre inicia el camino.*

El hombre ha dejado la fábrica de colchones en el fondo de la copa, en el bar. Fábrica que cerró sus puertas hace ya muchos años. Lleva el hombre mucho tiempo preparando un encuentro con su destino. Y el medio ya lo tiene preparado. Con un euro en el bolsillo piensa pagar el paso de la laguna. Con el resto se compró una soga y pagó la copa de hoy. Esta noche es el viaje. Caronte le espera.